



SE IMPRIME  
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA  
CALLE DEL OLIMAR, 149  
SALINDO LOS DIAS  
Martes, Jueves y Sábados  
POR LA TARDE

DIRECCIÓN  
Y ADMINISTRACIÓN

CALLE DEL OLIMAR, N.º 149

# EL CLAMOR PÚBLICO

PERIÓDICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

SUSCRICIÓN  
Por un año \$ 10.00  
Por seis meses 5.50  
Por un mes 1.00  
Número suelto 0.10  
Número atrasado 0.20

Los reinitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose á razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

Adolfo Vazquez-Gómez  
Representante de "El Clamor Público"  
EN BUENOS AIRES  
PERÚ 689 (ALTOS)

EL CLAMOR PÚBLICO

El Partido  
de la  
Fraternidad uruguaya

(Continuación)

Si, sabemos que la política de las multitudes fanatizadas aplasta la de los espíritus clarividentes, tóga ó no razón, y por el solo peso de la masa.—Pero sabemos también, y ya lo dijo el Cardenal Esfondrato—hablando del argumento de la autoridad del número,—que las opiniones son como las monedas, cuyo valor no depende del número,—sino del metal y su peso; que, como los obispos, hay tribunos con jurisdicción propia en la opinión ilustrada, consciente, y escritores prestigiosos en partibus in fiducia ó sea dentro de la dignidad.

Sabemos igualmente que es tal, en ciertos espíritus, el supersticioso respeto al poder, ó á las influencias reales, que son capaces de hallar natural que los antiguos mandarines chinos representen a Iao, su primer emperador, desheredando á su hijo "por que gustaba de discutir."

Perderemos nuestra hija la política, como sucesores de Artigas, porque descubrimos que la única causa en la sucesión del poder nace únicamente del testamento político de Rivera ó Oribe, ó de algún codicilo de Flores o el primer Apóstol interpretados conforme á la hermenéutica, tanto tiempo en boga, de la influencia directriz? No lo creemos, porque el derecho político es imprescriptible por razón del tiempo,—como todo bien de uso público,—y porque estamos resueltos á la defensa perpetua de un derecho perpetuo también.

Además de eso la razón pública va madurando y los espíritus más independientes, cuando levantan su vuelo á las altas regiones de la política institucional, por encima de la atmósfera vicina de las preocupaciones partidarias, confinan en sus ideas con el constitucionalismo, hacen constitucionalismo sin quererlo. Así lo hemos constatado muchas veces, con satisfacción, en escritos de Agustín de Vedia, Eduardo Acevedo Díaz, Ángel Floro Costa, Alberto Palomeque, Eduardo Flores, Carlos Roxo,—en cuya musa siempre inspirada no se vé la cucharda de un partido,—Mariano Pereira Nuñez y otros. Tampoco es oro todo lo que reúce, y sin negar el fondo de sinceridad, de pasión, que mantiene la cohesión de los partidos tradicionales en muchos de sus hombres dirigentes y en la masa, no puede negarse tampoco que si hay muchas convicciones respetables, cuantos convencionalismos que no lo son tanto! Como en las viejas religiones caducas,

cuantos sacerdotes políticos que perdida la fe solo conservan por decoro la liturgia, el culto exterior! Cuantos entusiasmos ardientes en la superficie y hielados en el fondo! Cuanto sonoro discurso que oido bien suena á hueco, esto es, á la sol. Cuantos preténtantes en el falso interno que no llegan jamás á formular públicamente su "Confesión de Augsburgo", por mantener la unidad de partidos siempre divididos en facciones ó tracciones que no tienen en realidad otro común denominador que un hombre histórico!

Se os observará, que también no nosotros hemos sufrido la invasión del excepcionalismo, del desaliento; que algunos de nuestros apóstoles entusiastas, de los mismos que otrora alzaron el constitucionalismo en salmos elocuentes, inspirados, han cantado melancólicos de profundis. Es cierto; además, han ovidado,—olvido lamentable,—que cuando más árido es el torrente, más hay que labrarlo, más honro hay que arar, pues no se sabe bien si la semilla que germina no debe más en su fecundación al sudor del hombre, á su esfuerzo inteligente, que á las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Y grande debe ser la fuerza vital de la idea constitucionalista, cuando ha resistido y resiste al esfuerzo de los adversarios encastillados en los tronos, del pasado y de la separación,—jamás demasiado lamentada,—de ilustres jefes en momentos de iniciar nuevas campañas. Pero de ella se ha de decir como del arca santa,—sicut tu, pero no se sumerge.

## IV

Nos condenamos por eso á la esterilidad, al ascetismo político? De ninguna manera. El asceta aspira á desprendese de todo lazo terrestre, á que su espíritu, como una hostia consagrada, se llene de la idea de Dios. El constitucionalismo no pretende tal perfección, tal desprendimiento de sí mismo; solo aspira á que todos llenemos nuestro corazón de esa diosa humana, democrática, que se llama con el hermoso nombre de Fraternidad, y á que repartamos equitativamente la tarea y la recompensa cívica. Que no haya perpetuamente una casta gubernamental exclusiva, a título de que hasta la Providencia es colorada, como se dijo un buen día en el Parlamento, pues entonces parecerá natural que los Sansones netos, ya que no exterminen á los siestros principistas con quijadas como las que exhibía el popular Sirquirico en su "Anticírculo", se sirvan de ellas para devorar el patrimonio comun.

Si,—según una teología política ultra-roja,—ya en decadencia felicemente,—eran ellos, solo ellos, los ultra-rojos, los ergidos, los predestinados por la gracia gratuita de Dios para el gobierno del país. Todos los demás, colorados independientes, blancos ó constitucionalistas estaban condenados á no ver el cielo... del Parlamento, si no recibían la gracia de algún pontífice rojo.

Igualar á todos los espíritus luminosos, crear, como creía un sacerdote, que en el cielo deben entrar, contrarrestando, por derecho propio, Sacerdotes y Pioneros, Juan A. Moisés y Samuel, vale decir Martín G. Mar-

tinez y Pablo Da María, ó Acevedo Díaz y Carlos Roxo, junto á Juan C. Blanco y Ángel Floro Costa en la Asamblea Nacional, era, hasta hoy, posse, sublevar la ortodoxia de ciertos escritores que declaraban que fuera de su iglesia no había salvación posible,—que los que escaparon al fuego de una eterna condición de sus derechos cívicos, apenas el cielo, seguirían vegetar en el limbo de una estéril y humillante abstención.

Incurrimos, sino en excomunión, en censura canónica de una nueva ortodoxia. A formarse, si daemos que aspiramos, para mañana y como un nuevo progreso, aun á más amplia cooperación, á un acuerdo cívico más patriótico completo e impersonal que el 19 de Abril, á fin de que entran en él elementos políticos de valía que han quedado fuera por escritos cívicos más ó menos justificados pero respetables, y á fin de que tengan también representación en el Parlamento los desplazados de el 10 de Febrero, en proporción á sus verdaderas fuerzas políticas? No lo creemos, pero eso tampoco nos detendrá.

Si el Parlamento debe ser, como se ha dicho y repetido, la miniatura del país, la representación de todos los opíñones, aun de aquellas que reputamos oscuras, y que deben respetarse por respeto á la libertad,—no hay duda que también deberían tener asiento en el Julio Herrera y Obes y Eugenio Garzón, ó otros hombres representativos de esa fracción política.

La solución del problema actual no está en el aplastamiento del colectivismo por medio de un poder militar enorme, ó en una especie de paz armada, como la europea, que concluiría por arruinar á todo el mundo, sino en la pacificación de los espíritus por una política de conciliación, de cooperación en el gobierno del país.

Cuando todos los partidos ó círculos tengan representación en la Asamblea, cesarán todas las alianzas y entraremos á la vida de la paz y la libertad, y la paz y la libertad son honor cívico al mismo tiempo que progreso, ri-queza y bienestar del pueblo.

Quien no vería también con placer ascender las gradas de la Asamblea, como representantes de la juventud, y en vez de ilustres dadores, conocidos ó notables adquiridos en huestes, electorales por cuenta de los humos imperantes, á inteligencias tan brillantes como Samuel Blixen, Alfredo E. Castellanos, Julio Magariños Roca, Daniel Martínez Vigil, José G. del Bustu ó otros de sus padres?

Vueliendo ahora,—aunque sea de un poco lejos,—al cargo de abstenciones infecundo con que se nos ha oido, diremos: que jamás ha sido voluntario y sistemático, sino forzado y accidental, impuesto por circunstancias en que la coparticipación política

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado á los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

ADMINISTRADOR—SEBASTIÁN B. TORRES

para no muchos.

El ministro Brisson ha caído, como caerán otros, aplastados bajo el proceso Drayton.

La plaza de la Concordia fue durante unos momentos testigo donde parecía iniciarse un pronunciamiento; pero este Paris impenetrable, al llegar la hora del aperitivo, juzgó más prudente resitarse por el faro y esperar tranquilo en las terrazas de los cafés el desarrollo de los sucesos.

Desde el palacio de Boulón hasta la plaza de la República á lo largo de los Grandes Boulevards, que son la espina dorsal de París, corría como un fluido el sonido romper de una lucha en gestación.

Estaribzy ha publicado sus Memorias y los golpes gritan la obra nueva, la interesante noticia.

La prosa del comandante, las luchas de razas, el nombre de Dreyfus, este Paris agitado y prisa de convulsiones violentas; todo eso es triplemente desconsolador y ya vamos temiendo necesidad de exhibir de tema.

Pero es imposible la evasión; dada de querer que vivimos, el escándalo del día nos hace, nos asalta impotente y si un momento nos abandona solo en paraíso a temer, nos con doble encantamiento.

Pobre París! No consentas ni un solo momento más que se prostituyan tus esperanzas, tus pasiones generosas y tu vida entera.

No hay más remedio que atravesar la cloaca y de prisiva para respirar más pronto el aire puro, para poder sentirnos hombres, seres felices individuos fuertes.

Povis de Clavannes ha muerto. Se marchó para siempre porque su impresionable corazón no ha podido sobrevivir á la muerte reciente de la querida esposa.

Con él desaparece el gran artista, el poeta de la noble belleza, de la cara y serena armonía.

Durante mucho tiempo fué su obra blanca de irónicos y acerados ditirambos y sistematicamente se la acusaba de no saber dibujar.

Pero el artista, escondido en un rincón de Montmartre, en el barrio *mal-guetre* de París, proseguía incansable su labor, confiado en que sus obras vivirían mucho más que las críticas de sus doctores.

Durante sus últimos años ha logrado conocer la gloria en todo su esplendor.

Al plácido taller, transformado en salón para platicar sombríamente con los amigos solo llegaban ya los ruidos del aplauso universal y los multos de admiración frances.

Finalmente todas llegan á confessar que Povis dibujaba, que poseía la linea y el rasgo lo mismo que el color y que era un verdadero creador de escuela, el inspirado evocador de la leyenda de gente Genoveva del B. que agraciada de Ludos pionero y de tantas y tantas obras místicas del arte decorativo.

Todos pretenden que soy un simbolista y que me parezco a los cuatro centauros italiani, decía Povis de Clavannes. Yo no lo sé; pero yo veo en la luna los nombres y las mujeres, los árboles y los animales, las nubes

## CRÓNICA PARISIENSE

SIEMPRE LO Mismo.—PUVIS DE CHAVANNES.—LA REINA DE HOLANDA.—EL IMPUESTO DEL ALCOHOL.—MODAS.

Puesto que todos hablan del asunto hablaremos también nosotros;

## EL CLAMOR PÚBLICO

velega y ha sido como yo pinto la vida.

Por eso, porque "pintó la vida" tal como la vieron sus ojos de poeta, es y será una de las primeras glorias del arte francés el dibujo y estatu Virgilio de la Plaza Pigalle.

Durante las fiestas de la coronación, en el Palacio regalóse un díptico encantador.

Después de la primera jornada de grandes, la joven reina se retiró fatigada a su palacio y sus ministros regresaron al público que no hiciera demasiado ruido en la calle a fin de que la soberana no viera turbada su reposo.

El papelero puso una sordina paternal a sus júbilos oficiales y, mientras su corazón democrático, vivió en esta coronación una reina y sus súbditos como una ideal autora de igualdad fraternal.

Para una reina es demasiado grande para los pobres vasos.

El que quisiera alzar solo de la Exposición Rembrandt, la simpática reina esperaba, para que la condujera al círculo, figura brilante de su séquito; cuando, a volar el oido, un perdedor demasiado ceremonioso, despidió de su grupo y otró su plenario brazo a la regia dama.

La policía empujó aquel brazo, digo de mejor acogida y dijo con el perdedor en el sombrío laberinto de la prefectura.

Los jóvenes reina cuyos esbrios han evitado que imitan a Margarita de Navarra, la muy alta señora que supo elegir un órgano tan oportuno en la noche de Alain Charles!

Si los hablaron dejado aceptar y otra establecida un momento, el que dio la batalla, solo cantó, por los más, fijado por los pinos y ya erguido, dona hubiera lucido la grata ocasión de dar a su pueblo que su reina no es lo bastante inspirada para ser exaltada.

Quien sabe si tal arqueta no habrá lanzado un rayo de luz que reluciera en el espumoso camino de nuestro rey.

Los habitantes de los cafés y los cañadas de los mostradores tuvieron hasta puesto torso, el uno al otro que los alcoholos van a ser castigados en Francia con un nuevo impuesto.

La Sociedad de Atemperancia tuvo mucho manojo extinto a este tributo, pero los bebedores de aguardiente seguían habiendo, y si proposito fuere, liquidar hasta la entera, pero no dejar de hacerlo a la hora verde y para no abusar su idóntia por el dios Baco.

El impuesto sería una provisión digna más si con él se hiciera desaparecer el caudillo de la Damavard que aniquila poco a poco el hombre; pero no creo que pueda venir por ese lado la salud de las malas costumbres.

El batidor, despresará el pan por la gola de alcohol y contará nervioso entre sus críasis epidémicas las báquicas canciones.

Aun se beba, un vaso más, aun se muera.

Las grandes reuniones no se anuncian, sin entre los elegantes, y los señores solamente, surgen entre sus pueras para recibir en familia novedades a las intimas.

Los, a los somieros a verificarse grandes primas y aquí y allá venen los miedos del invierno iniciarse lentamente.

Los coletos, forma de canal punto gordo son muy feos y creen indul que algunas modas traten de lanzarlos.

La mayoría de las mujeres creen prefiere la anchura redondeada, con un volante y con forro de gran fantasía.

Para ir verdaderamente a la mu-

da cada capa no deberá cruzarse por doblete y dejar al descubierto el plastrón del corsé, la cintura y el dobladillo de la falda.

Las faldas son cada vez más planas en su parte alta y se han suprimido los botones de arriba.

Se llevan las faldas de muy poco vuelo; pues hoy de moda se compone en modelar las faldas con espichón empido.

Damos mil gracias a los redactores de "El Diario de Occidente" de Santiago (Guatemala) por el elegante folleto que se ha dignado remitirnos y que ha deleitado nuestro espíritu con sus perfiles biográficos e históricos del singular Presidente D. Alvaro Estrada, Chiriquí.

Con esta ocasión nos ofrecemos a nuestros lectores para cuando quieran honrarnos con el envío de sus obras literarias a esta casa, 27, Rue Lauriston. París. De ellos daremos cuenta en nuestras Crónicas.

Antonio Ambrosio.  
París 31 de Octubre de 1898.

La dictadura uruguaya  
EN DISCUSIÓN

El régimen arbitrio que impera en las repúblicas uruguaya, ha degenerado ya en un mal crónico, que se pronuncia en síntesis más de autoritarismo y reaccionismo conservadoras de anarquía militar o revolucionaria. Lo único que podrá haber hecho tolerable a la vida política de este país, vuelvo a recordar con todo vigor, es la sombra de esta dictadura que, como gobierno arbitrio, busca la complacencia de la fuerza armada; pero el militarismo es tan peligroso para un gobierno, como una fuerza doméstica que devora a su mismo dominio, y esto le va a parar cualquier día al señor Cuestas, con tanta más razón cuando que es un dictador de cortedad, que ha ridiculizado la fuerza misma del militarismo, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquiera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pronunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquiera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquiera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

Los motines de cortedad y los pro-

nunciamientos sislados que se producen, no son más que los primeros síntomas de un agravamiento, en que el militarismo consiste de servir de caño de una dictadura tan seca e iracunda, que sólo custodia a esos propios siniestros terribles, de aspecto impotente y de intimidación, pero el señor Cuestas, un buen señor, que no sabe siquera atarse un sable, el militarismo le pega como a un círculo un par de trabucos.

